

ALEMANIA FEDERAL: CONSERVADURISMO EN LAS URNAS

«Este país lo hemos hecho nosotros», decía Kiesinger, una y otra vez, en su campaña electoral. Lo ha hecho la CDU, la democracia cristiana, a quien se lo entregaron los aliados occidentales —los Estados Unidos— hace veinte años y que no ha cesado, desde entonces, de gobernar. Los americanos tienen, en cierto modo, la obsesión de las soluciones universales y creyeron, al final de la guerra, que el ideal de democracia cristiana era válida para una cierta restauración de la Europa Occidental. Las fuerzas espirituales movilizadas por el cristianismo debían oponerse al materialismo comunista en expansión y ser útiles para la guerra fría, mientras que la idea de democracia, al mismo tiempo que se oponía al comunismo, debía borrar todos los residuos de fascismo o nazismo. El catolicismo democrático estaba sembrado en Europa desde el siglo XIX; había tenido teóricos de la importancia de Don Sturzo, en Italia, o de Marc Sangnier, en Francia. Revivió, por esta inyección americana, después de la guerra. El «slogan» de los democristianos de Italia —con Alcide de Gasperi— era expresivo: «Por el progreso, sin aventura». En Francia se le entregó a un hombrecillo demagógico, procedente de la izquierda, llamado Bidault, que nunca pudo evitar la vocación de la aventura y terminó metido en las más rocambolescas de la OAS, durante la guerra de Argelia. El actual partido gobernante, con Pompidou, significa más o menos una democracia cristiana sin ese nombre, que ha sido desgastado en la postguerra. Pero en Alemania Federal, el término «cristianismo» tenía un valor más complejo que en las católicas Francia e Italia. Incluía a los protestantes. La CDU resucitaba el «Zentrum» de la República de Weimar: católicos liberales, sindicalistas cristianos. En 1947 aún reclamaba la socialización de la industria pesada (Programa Ahlen) y el mismo Adenauer declaraba muerto el capitalismo. Pero la inclusión de los protestantes del Norte le tiñó de un carácter conservador y rígido. Frente a la socialdemocracia (SPD), la moderada CDU suponía un refugio para el gran capital, para la derecha, incluso para los antiguos nazis. Si Adenauer tuvo alguna vez ideas sociales avanzadas y si sus programas de progresismo fueron algo más que una forma de robar temas a la izquierda, todo ello lo perdió con las nuevas colaboraciones, con las necesidades de la guerra fría y con la presión americana. Lo perdió con el éxito. Se produjo el «milagro alemán». Este milagro que aún reclama Kiesinger. ¿En qué consiste el milagro alemán? En primer lugar, en la reconversión política de los Estados Unidos (muerte de Roosevelt, poder para Truman), que pasó de la idea de convertir Alemania en un país pastoral, sin industria (Plan Morgenthau), a regarla con dólares para su reconstrucción (Plan Marshall). Un mal que parecía catastrófico, la destrucción de la industria por la guerra y su desmantelamiento por los aliados como reparaciones de guerra, se transformó en una gran

suerte: toda la industria se construyó de nueva planta y Alemania Federal se convirtió en el país más moderno de Europa. Le estaba prohibido fabricar armamento y se entregó a los bienes de consumo, mientras los teóricos vencedores de la guerra se agotaban en un esfuerzo armamentista. La ola de refugiados del Este y de los territorios amputados del «Gran Reich» le permitió encontrar mano de obra barata y aplicada. Esta serie de hechos fueron presididos por Adenauer y su democracia cristiana; esto ha permitido a Kiesinger decir que este país lo han hecho ellos, y este éxito del pasado ha permitido a la CDU mantener prácticamente sus posiciones electorales sin más pérdida que la de tres diputados. Los veintidós que han ganado los socialdemócratas son esos tres que ha quitado a la CDU, más diecinueve que ha perdido el partido liberal.

Hasta la víspera de las elecciones se suponía que la socialdemocracia podría esta vez superar a sus tradicionales enemigos. Incluso que podría obtener una mayoría absoluta para gobernar sin coalición. No ha sido así. Willy Brandt prometía a sus electores un mejor reparto de la riqueza del país, acusaba que el «milagro» ha favorecido en primer lugar a los ricos, prometía una contención de los precios y un aumento de los salarios. En política exterior hablaba débilmente de ciertas aperturas al Este, de una forma dialogante de relacionarse con la República Democrática de Alemania, un cierto independentismo con respecto a los Estados Unidos. No le ha valido gran cosa. Frente al despliegue del pasado de la CDU, no han prevalecido las vacilantes promesas de futuro del SPD. Paradójicamente, su gran ascenso electoral, que permite a Willy Brandt pedir el puesto de primer ministro (mediante una coalición), le han venido de la derecha, de los que consideraban que el partido liberal era demasiado avanzado. La socialdemocracia, que es el partido más antiguo de Alemania Federal, no ha cesado de inclinarse continuamente a la derecha. Comenzó hace casi un siglo como un partido revolucionario avanzado —el nombre de socialdemocracia fue el mismo que dio Lenin a su partido, hasta la escisión de «bolcheviques» y «mencheviques»—, pero falló todas sus citas con la revolución, fue eliminando de su doctrina todo marxismo, todo lasallismo, hasta que llegó a proclamar que su objeto era «no socializar el nombre, sino humanizar la sociedad» y, finalmente, declaró que no se limitaba a una clase social determinada, que la propiedad privada es necesaria, las Iglesias representan un papel positivo, y que su objeto es «la identificación de la idea del hombre y de las condiciones de su existencia real» mediante la creación «por todos los medios democráticos posibles, en el perímetro de la nación, de un mundo en el cual las realidades económicas, sociales, políticas y culturales permitan que el hombre viva en paz y se libere de la plaga de la alienación a sí mismo». Desde la idea del hombre alienado por la presión de la sociedad dominante a la del hombre alineado por sí mismo hay una gran diferencia. Estas formulaciones (Congreso de Karlsruhe, 1964) hacen que en la pura realidad el SPD no se distinga demasiado de la CDU: son dos partidos burgueses, alejados de la aventura, coaligados desde hace años en un mismo gobierno, sustentadores de un sistema sólido, sobre el cual impera la Banca, la indus-



La campaña electoral tocaba a su fin. Sus principales protagonistas se emplazaron ante las cámaras de la TV para hablar de sus respectivos programas. De izquierda a derecha, Strauss, Walter Schell, Kiesinger y Willy Brandt.

EN PUNTO

tría, las Iglesias, la fuerte opinión conservadora de las profesiones llamadas liberales. Impera sobre un electorado decididamente conservador con un enorme porcentaje agrario, con veintidós millones de mujeres votantes (la mujer emite generalmente un voto conservador), con diez millones de personas de más de sesenta años en un censo total de treinta y nueve millones de votantes. Con un nivel de vida elevado, el más elevado de Europa, que hace una regla de oro de la antigua frase de Adenauer, *Keine Experimente*, nada de experimentos. El asustado y pequeño partido comunizante, la Asociación por el Progreso Democrático, ha obtenido apenas un 0,7 por ciento de los votos. Los neonazis de Adolf Von Thadden no han pasado del 4,3 por ciento, que no les da derecho a llevar ningún diputado al Parlamento. Nada de experimentos, nada de aventuras. La vieja Alemania perdura. La posición tiene que «salirse del sistema», por emplear la frase de moda. La campaña electoral de Kiesinger la han saboteado no los socialdemócratas, sino los jóvenes sin edad de votar, que gritaban al canciller: «Sieg Heill», tanto para recordar sus pasados servicios al régimen de Hitler como para señalar que alberga un nazismo civil y disfrazado. Las huelgas se hacen «salvajes», frase muy especializada de la semántica actual para señalar los paros obreros que no han sido decididos por los sindicatos oficiales. Se forman grupos «espontaneístas». Pero el sistema es de hierro y prevalece hasta ahora.

¿Quién va a gobernar en Alemania Federal? A la hora en que se escriben estas líneas se están tejiendo las negociaciones, que quizá se hayan resuelto cuando se publiquen. Es curioso que la clave de la situación la tenga el empobrecido partido liberal con su debilísimo 5,8 por ciento de votantes (unas décimas menos y se queda sin diputados en el Parlamento; no se tiene derecho a ellos con menos del 5 por ciento de los sufragios), con sus treinta diputados en lugar de los cuarenta y nueve que tenía antes. Si los liberales se unen a los socialdemócratas en una pequeña coalición (se llama «pequeña» por oposición a la «grande», que reúne los dos grandes partidos mayoritarios) podría formar gobierno; un gobierno que se sustentase en 254 diputados sobre los 242 de la CDU. Pero los liberales pueden decidir unirse con la CDU. Como también pueda volver la «Gran coalición» CDU-SPD. Todo es posible, y lo es porque ninguna grave diferencia política separa estas tres formaciones. Lo único que ha habido durante la campaña ha sido enfrentamientos personales; lo único que puede modificar cualquier forma de coalición es el reparto personal de puestos. Importa escasamente quién gobierne. La única lección real de estas elecciones es que el electorado alemán federal mantiene una posición conservadora y clásica, sostiene las estructuras imperantes en su país y en lo que se llama o se llamó Occidente, y que en ello siguen, más o menos —más bien más que menos—, la gran línea conservadora occidental de estos tiempos, la que permite la elección de Nixon en Estados Unidos, la de Pompidou en Francia, el gobierno «monocolor» de la democracia cristiana en Italia o el laborismo burgués de Wilson —con una evolución similar a la de la social democracia alemana— en la Gran Bretaña.



Pasó el peligro. Los neonazis de Adolf von Thadden no consiguieron el mínimo de votos necesarios (5 por ciento) para obtener representación en el Bundestag. Su fracaso electoral quizá les obligue a disolver el partido.



U.S.A. NIXONISMO

En el plazo de unos días, el Presidente Nixon ha tenido dos ocasiones de pronunciarse acerca de los problemas del mundo y de su país: el discurso ante la ONU y la conferencia de prensa de la Casa Blanca. Ha sido mal acogido. El Nixon emprendedor y «nuevo» de su campaña electoral y de sus primeros días de gobierno se ha vuelto inmovilista, ha regresado al conservadurismo. La retórica le acompaña («... alcemos una gran catedral del espíritu...», «forjemos un mundo de puertas abiertas, corazones abiertos, mentes abiertas...»), la realidad se le escapa. Con respecto al Vietnam, ha tomado un tono lastimero y victimal. «Hanoi no ayuda», dice, refiriéndose a la Conferencia de París. «Ayúdenme ustedes», pide al mundo en la ONU. «Que me ayude el país», dice en la Casa Blanca. Busca claves para una solución. Cree que las encontrará. «A finales de 1970 o a mediados de 1971». «¿Qué influencia tienen las grandes manifestaciones de protesta?», le ha preguntado alguien, y Nixon ha respondido tajantemente: «Ninguna». En otros temas ha aparecido igualmente el nixonismo conservador. Con respecto a Oriente Medio se ha mostrado oralmente comedido y ha expresado que la política norteamericana es «equilibrada», pero el énfasis que se ha dado a la visita de Golda Meier a la Casa Blanca —donde ha ido, simplemente, a pedir más armas y más dinero, y ha sido bien acogida— muestra que la tendencia sionista está lejos de disminuir. Mostrarse, como lo ha hecho, equilibrado en el problema racial de las escuelas en los Estados del Sur, afirmar que su administración sigue un «camino medio», es dar un paso atrás en el camino de los derechos civiles. La reaparición del senador Edward Kennedy, tras su aparatoso y escandaloso accidente de automóvil, ha servido para desmontar

la política de Nixon, el nixonismo. El senador, hablando en una cena de la Asociación Americana contra el Cáncer, no ha vacilado en decir que «la política vietnamita de hoy es la misma política desacreditada del pasado», que «no acabará la guerra», no acabará la matanza... Hoy, diez meses después de haber terminado los inútiles bombardeos del Vietnam, dieciséis meses después del principio de las conversaciones de paz, aún tenemos en los campos de combate medio millón de hombres, gastamos miles de millones de dólares y enterramos allí muchas de nuestras esperanzas». Para el renacido senador, la guerra del Vietnam es «difícil de justificar, imposible de vencer, no merece nuestras vidas y esfuerzos, es un conflicto que nos ha enfermado». En general, las críticas a Nixon proceden de las zonas liberales del país. Organos de expresión moderados, como «Newsweek» o «New York Times», reprochan al Presidente Nixon que no haya dicho nada nuevo. Es decir, que permanezca en el inmovilismo johnsoniano. La extrema derecha, sin embargo, le sostiene. Para él «Daily News», por ejemplo, «cada vez que el Presidente Nixon da una conferencia de prensa parece más y más grande». Esta oposición parece estar presente en el mismo gobierno de Nixon. Se atribuye al secretario de Estado, Rogers, la máxima presión para retirar a la mayor velocidad posible los soldados del Vietnam, pero se sabe que los grupos militares y de industrias de guerra presionan para que no haya retirada del Vietnam hasta la «victoria total». Entre esos dos sectores, Nixon no consigue salir de su inmovilismo. Es decir, que su drama es el mismo que sufrió el Presidente Johnson, y constituye un drama para el país entero y, en consecuencia, para el mundo.

BOLIVIA REVOLUCION CONTRARREVOLUCIONARIA

El general Ovando estaba prácticamente ejerciendo en Bolivia un poder que ahora ha tomado bruscamente, probablemente para adelantarse a otro de signo adverso, con el que se le hu-

biese querido apartar de un camino bien trazado: la presidencia de la República, que le estaba destinada en las próximas elecciones. Las palabras del pronunciamiento son, una vez más, las